

es tan intenso en esta región de Francia que los bosques se incendian fácilmente. La resina espesa la atmósfera y sirve de combustible. En este ambiente sofocado Mauriac mueve a sus provincianos, desmontándoles el corazón como un experto relojero. Madame Desquèyroux vive envuelta en el humo de sus cigarrillos inagotables, como en un símbolo de su inconsciente. El estilo diamantino de Mauriac no logra en ocasiones traducir con fidelidad los estados de ánimo de su heroína, que son eternas «nuances». No es la primera vez que un personaje bien concebido traiciona a su creador. Sin embargo, explica el más arduo de los conflictos con una sutileza incomparable. Mauriac sabe componer sus obras como pocos.

«¡Señor, tened piedad de los locos y de las locas! ¡Oh Creador, pueden existir monstruos ante los ojos de aquél que sabe por qué existen, cómo se han hecho y cómo no habrían podido hacerse!»... Charles Baudelaire.

¿Cabe otro epígrafe en este libro de Mauriac? — *Carlos Vattier B.* —

VALPARAÍSO, LA CIUDAD DEL VIENTO,
por *Joaquín Edwards Bello.*

Novela que parece autobiográfica, aunque seguramente no lo es sino en mínima parte. Toda obra artística tiene algo de autobiografía, aun aquellas en que el autor pretende colocarse en trono impersonal. Es imposible que el autor deje de condimentar en alguna forma su vida, sus impresiones, sus ideas, su alma lanzada al mundo

como un anzuelo a la pesca de ilusiones y realidades.

El hombre es un captador de experiencias. Desde su cuna hasta la muerte, no hace otra cosa, en su relación con sus semejantes, que buscar en las tinieblas del espíritu humano, el sentido del universo y de sí mismo. Le interesan los actos ajenos, para establecer comparaciones con su propia naturaleza y de ese modo «sentirse vivir».

De ahí la apasionada afición por las autobiografías. El mejor libro de un novelista, no nos gusta tanto como el relato de su propia vida. Una obra que se refiera a las aventuras, pobres o prestigiosas, de la propia existencia del autor, es siempre un documento humano. Los sabios deberían estudiarlo con la atención con que se observa a los insectos. Imagino la alegría de un entomólogo que pudiera leer las memorias de una hormiga o de un escorpión.

¿Hasta qué punto son autobiográficas las novelas de Joaquín Edwards Bello?

Si tomamos como ejemplo su última obra «Valparaíso, la ciudad del viento» es indudable que la mayor parte de ella es pura ficción. Sin embargo, en esa ficción quizás se encuentre la parte más buena, más sensible, más humanitaria de este hombre que es como un niño, y de este niño que es todo un hombre. Cuando al artista le está vedado realizar sus sueños, se conforma con vivirlos en su obra, que es la realidad más pura.

En «Valparaíso, la ciudad del viento», hay capítulos que parecen

recuerdos vívidos de la infancia de Joaquín Edwards. Las torturas en el Liceo porteño, la imagen sabrosa y enérgica de la «mama» Perpetua, la hidalga figura del abuelo, el duro perfil de la tía Florencia, no cabe duda que son escenas y seres de la intimidad del autor y que han actuado en su vida, si no en la forma en que el novelista los ha ordenado en su armazón literario, al menos de un modo parecido. Y acaso este es el mayor interés del libro que nos brinda una oportunidad de acercarnos al espíritu y a la vida real de un hombre de rica pasta anímica.

Hay frases en la obra de Edwards que valen por una de esas confesiones íntimas que sólo se encuentran en las autobiografías de un Rousseau o de un Ariel. Después de recibir su primera desilusión de amor, Pedrito Lacerda Alderete, comenta:

Este rechazo en las vacaciones ha tenido honda influencia en mi vida: me ha hecho desgraciado en amores. La excusa a mi desastre sexual es el rechazo de Florita en la alborada, cuando uno es blando y se parte.

Pedrito es un sensitivo enfermizo. Se diría que no tiene piel; que la red nerviosa está en contacto del aire y recibe los roces externos en forma centuplicada. ¡Pobre Pedrito! Está condenado a ser un simple artista, como su padre espiritual, Joaquín Edwards Bello. Para él estarán vedados los triunfos del amor, de la política, del comercio, todos aquellos placeres fuertes que necesitan con-

fianza en sí mismos o una epidermis gruesa.

El personaje de mayor relieve en la nueva novela de Edwards Bello es sin duda la buena Perpetua, ama de cría de Pedro Lacerda Alderete. En ella ha puesto el autor toda su amorosa solicitud, tanto que podría pensarse que quiso delinear un símbolo de la mujer de raza chilena. A través de las páginas de «Valparaíso, la ciudad del viento», la imagen de esta mujer rústica se agiganta y aroma con su espíritu toda la novela. Es sana, es leal, es valiente. Posee el instinto maternal en grado superlativo. Antes de que su vientre sea fecundado, ya es madre de todos los seres que ama.

También esta vez Joaquín Edwards ha ido a buscar en la clase plebeya el tipo de mujer representativa de la raza, así como en «El Roto» quiso encarnar el mestizo típico. Parece que el escritor hubiese querido atenuar el juicio crudo y despectivo que le mereció en otras páginas el hombre de nuestro pueblo y escribió este libro en que la mujer de humilde cuna aparece roedada de una aureola de poderosa dulzura.

¿Pero es realmente Perpetua el verdadero tipo de la criolla chilena? Seguramente el mismo Edwards Bello tiene sus vacilaciones cuando asegura que Perpetua lleva el apellido de los Guzmanes, la flor de los caballeros españoles venidos a Chile, según Felipe II, a quien cita a este propósito, el autor. En verdad, hay numerosos individuos del pueblo que llevan

en sus venas la más pura raza hispana, con todas sus excelsas cualidades primitivas,

A este respecto, yo he llegado al convencimiento de que el tipo de mestizo que abunda en la clase baja y en la clase media chilena y que también suele existir en la aristocracia, es el heredero de la mayor parte de los defectos que poseyeron las razas española y araucana. Sólo cuando predomina en forma absoluta cualesquiera de las sangres de origen, es posible encontrar un mestizo que merezca el honor de ser llamado hombre bueno. La mezcla bien equilibrada, produce el tipo del truhán, ladino, deshonesto, desleal, desconfiado, díscolo, flojo, ratero y traidor que no es raro hallar con frecuencia en todas las manifestaciones de la sociabilidad chilena.

¿Cuál de las herencias predomina en Perpetua? Yo diría que la española, a pesar de que la maternidad heroica es una cualidad neta de la mujer indígena. En este punto las dos razas, que yo diría antagónicas, se tocan y confunden.

En Perpetua,—dice Pedro Lacerda Alderete, descendiente de adelantados de Castilla,—descubrí lo que encierra de distinguido y generoso el alma popular; en ella vislumbré las ingenuidades que hacen de nuestro pueblo un niño convaleciente. En cada plebeya donosa que cruza mi camino creo respirar el aroma de ella y de su tiempo.

Leyendo este libro sencillo y emocionado de Joaquín Edwards, imagino que Benito Rebolledo Co-

rrera, quien uvo palabras de protestas al leer «El Roto» quedará satisfecho y desagraviado. No sólo en las clases adineradas está la aristocracia del mundo. Está en cualquiera parte en que la pureza de sangre y las herencias benéficas den un brote de selección. Benito Rebolledo Correa, que por lo demás, lleva uno de los apellidos más resonantes de la Península Ibérica—el de los duques de Rebolledo,—a pesar de haber brotado de la frondosa masa popular, ¿no tendrá en su haber la mejor parte de la herencia de moros artistas y de valientes castellanos que forman la rica masa de la población hispana?

Esta cuestión de clases y razas es tema apasionante. Edwards Bello ha sentido su fascinación desde hace largo tiempo. y vuelve con insistencia en sus escritos sobre el mismo problema, tratándolo desde diversos puntos de vista y siempre con absoluta carencia de prejuicios y con honda simpatía humana.

En «Valparaíso, la ciudad del viento», comparte su ternura abundante entre tres personajes: la «mama» Perpetua, el abuelo y el viejo puerto con su historia pintoresca y sus ásperos aledaños. De Valparaíso encontramos descripciones amorosas, recuerdos de infancia, presentación de tipos característicos y hasta novedosos datos históricos. He aquí uno:

Nuestro puerto, en la alborada de su vida, fué caleta de pescadores indios, llamados changos. Llegó Juan de Saavedra y le trocó

el silvestre nombre Quintil por el de Valparaíso; la colonia era pobre; sin embargo nuestro puerto adquirió una calidad importante de etapa forzosa para los viajeros del Atlántico al Perú, Ecuador, Colombia. Méjico, California, Esta ciudad que ahora presume de gringa, fué mercado de esclavos.

Para los que conocimos el Puerto en la infancia, la evocación de Edwards Bello adquiere una importancia trascendental. Revivimos con el autor los días de colegio, las grescas de los liceanos con los alumnos de los Padres Franceses a pedrada limpia, las cimarras en la Quebrada Jaime, las excursiones a las Torpederas, los vagabundeos por el malecón mientras las campanas de las locomotoras ponían su nota metálica y perezosa en las siestas con olor a brea y a brisa salina, el largo ensñar ante la bahía de aguas oleaginosas cruzadas de embarcaciones de todos tamaños... ¡Ah, esos barcos que tejían en el cielo diáfano una delicada red de mástiles y jarcias!

Y por sobre todo eso el viento, el viento...

Los vientos de Valparaíso! soplaban en verano y duraban tres días cabales, revelando con este límite su carácter de cosa viva e inteligente. El viento sur se adueñaba de la ciudad de manera súbita deshilachando las nubes, expulsándolas. Despejaba el cielo y los lomos de los cerros; pasaba con mil ruidos disímiles que nuestros oídos filtraban y aglomeraban en concierto. En el mar rizado, de color verde claro, la vieja Boya del Buey ululaba; en los lomos redondos y rojizos de los

cerros las basuras bailaban en tirabuzones diabólicos; las casas se estremecían con sordo ruido de latones y planchas de zinc; en la parte baja, al encajonarse, producía otro ruido de alas inmensas, y de seres triturados; de cabalgatas triunfales; de escuadrones invisibles. Ese gran viento sur me hacía soñar. Un sopor invadía mi cuerpo cuando esas alas soleaban a la ciudad; era como si me llevara una alfombra de Aladino a los países quiméricos reclamados por mi niñez.

A pesar de su justificable simpatía por las cosas del viejo Puerto, Edwards Bello no puede menos que hacer justicia a la plitud de la atmósfera comercial que apabulla el espíritu de los porteños como una enorme plancha candente. Valparaíso es ciudad conquistada; es una colonia más de la rubia Albión en la costa del Pacífico. Sus calles están impregnados de olores a tabaco de Egipto, de roast-beef y de Colonia Atkinson. Los sastres uniforman a los porteños con trajes ingleses. En las calles se habla de box, de foot-ball, de cricket y de golf. Las mujeres han perdido parte de su gracia andaluza para imitar la tiesura inglesa y los grandes trancos de zapatos gruesos.

El gringo Powderson, con sus buenas y malas cualidades, se ha convertido en rey de Valparaíso. Los hombres imitan su gesto displicente y sus pensamientos brutales de dominio. Y el gringo Powderson, con razón, desprecia a esos chilenos que lo adulan.

No es raro que, cuando se trate de sacar a remate la biblioteca

del abuelo intelectual de Pedro Alderete Lacerda, las joyas que constituyeron su vida, no tengan precio para los jugadores de bolsa ni para los *sportmen*.

En la repartición de los bienes del mundo, Valparaíso ha tomado la parte material. Es por eso que el porteño es simplista, sano, sin complicaciones espirituales. No es frecuente encontrar gentes taciturnas. Se busca el placer con naturalidad de cuerpos gaseosos que vuelan hacia el cielo azul.

Valparaíso es recomendado por los médicos para curar neurasténicos abatidos por surmenage intelectual. Y es fama que allí se mejoran bien.

Joaquín Edwards Bello debía el tributo de un libro a su ciudad natal; hasta aquí nos había hablado de tierras lejanas: Río de Janeiro, España, París. Ahora nos habla de su tierra olorosa a mar y a flores de quisco. Y es por eso que su último libro nos da una sensación total de intimidad familiar, suave y humana. En ninguna parte fructifica el corazón con mayor plenitud que en su tierra de origen.— *F. Santiván*.

LE FILS DE DEUX MÈRES, por *Bontempelli*, *Máximo*.

Como su arte, puede dividirse la vida de Bontempelli en dos épocas determinadas.

La primera es la época de la preparación literaria. El escritor hace clases en una universidad. Imita a Carducci y escribe poemas neoclásicos y ensayos de crítica.

Su vida es burguesa, pero al mismo tiempo, dinámica. Vestido a la última moda maneja un automóvil y recorre las carreteras de Italia, en busca de la fisonomía de su tierra.

Su obra literaria la desdeña. Es algo secundario para él. Ahora escribe poemas musicales y trata de que las orquestas de Florencia le ejecuten sus partituras de extraños títulos modernizantes. Zarzales del Noreste, por ejemplo.

Pero de improviso la guerra, como un viento trágico, azota el continente europeo y amenaza destruir para siempre la cultura occidental. Una crisis profunda trastorna todo este diletantismo externo de Bontempelli, como a muchos escritores italianos de la post-guerra. Nace en la nueva generación una rebeldía áspera hacia todo lirismo inútil, hacia toda disquisición que se desentienda del problema actual de la raza y sea una especulación retórica y egotista.

D'Anunzio, a pesar de su nacionalismo, representa el pasado y hacia él van las saetas de las nuevas generaciones. Pirandello, a pesar de su nacionalismo, es un revolucionario, por lo menos artísticamente y junto a él se agrupa la mayoría de los intelectuales de Italia.

A pesar de la divergencia de los dos escritores, Bontempelli y Pirandello, lombardo el uno y siciliano el otro, que es como decir ensueño y realidad, los enlaza una común aspiración a romper los viejos moldes y a crear un arte en el cual vibra un permanente germen de renovación y de inquietud.